

Este informe se presenta en un momento de grave crisis económica. Todos los países del mundo experimentan la ralentización y la recesión de sus economías. Ningún país es inmune y, como es habitual, los países más pobres —y las personas más pobres— son los que más sufren. Las estimaciones publicadas en esta edición de *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo* muestran que, como resultado de la crisis económica, por primera vez desde 1970, más de 1 000 millones de personas —unos 100 millones más que el año pasado, es decir, alrededor de una sexta parte de los seres humanos— sufren hambre y subnutrición en todo el mundo.

La crisis actual no tiene precedentes históricos, ya que en ella convergen varios factores que hacen que sea particularmente perjudicial para las personas en riesgo de padecer inseguridad alimentaria. En primer lugar, la crisis se solapa con la crisis alimentaria que en 2006-08 causó el aumento de los precios de los alimentos básicos hasta niveles inasequibles para millones de personas pobres. Y aunque los precios mundiales de los alimentos han descendido en comparación con los picos de mediados de 2008, los precios internacionales de los productos básicos alimenticios siguen siendo volátiles y elevados en comparación con las medias históricas recientes. Los precios nacionales, además, han descendido más lentamente. A finales de 2008, los precios nacionales de los alimentos básicos seguían siendo, de media, un 17 % superiores en términos reales a los de dos años antes. Los incrementos de precios ya obligaron a muchas familias pobres a vender bienes o a sacrificar los cuidados sanitarios, la educación o la alimentación, sólo para sobrevivir. Debido a la presión extrema que han sufrido sus recursos, dichos hogares experimentarán dificultades para salir de la crisis económica.

En segundo lugar, la crisis está afectando a grandes partes del mundo de forma simultánea. Por lo general, las crisis económicas que afectaron a los países en desarrollo en el pasado tendieron a circunscribirse a un solo país o a unos pocos países de una región concreta. En tales situaciones, los países afectados recurrieron a diversas estrategias, como devaluaciones de su moneda, la solicitud de préstamos o el mayor uso de la asistencia oficial. En el contexto de una crisis mundial, el alcance de dichos instrumentos es mucho más limitado.

En tercer lugar, al estar actualmente los países en desarrollo mucho más integrados financieramente y comercialmente en la economía mundial que hace 20 años, están mucho más expuestos a las perturbaciones de los mercados internacionales. Muchos países han experimentado reducciones generales de su comercio y sus flujos financieros, y disminuciones de sus ganancias por exportaciones, inversión extranjera, ayuda al desarrollo y remesas. Esta situación no sólo causará un recorte de las oportunidades de empleo, sino que también supondrá que haya menos dinero disponible para programas gubernamentales indispensables para promover el crecimiento y para prestar apoyo a las personas necesitadas.

Frente a la crisis, los hogares se ven obligados a encontrar maneras de adaptarse. Los mecanismos de adaptación implican soluciones no deseadas pero a menudo inevitables, como sustituir alimentos más nutritivos por otros menos nutritivos, vender activos productivos, sacar a los niños de la escuela, renunciar a los cuidados sanitarios o a la educación o, simplemente, comer menos. El Programa Mundial de Alimentos (PMA) realizó estudios de casos de países sobre la base de entrevistas directas con personas a quienes ha afectado más la inseguridad alimentaria. Dichos estudios de casos se incluyen en el informe de este año y proporcionan una visión de cómo afecta a los hogares el descenso de las remesas y qué otras repercusiones tiene la crisis económica. En los estudios de casos también se muestra cómo los gobiernos responden ante la crisis invirtiendo en agricultura e infraestructuras y ampliando las redes de seguridad. Estas intervenciones ayudarán a salvar vidas y hogares, aunque, en vista de la gravedad de la crisis, es necesario hacer mucho más.

Si se desea lograr la seguridad alimentaria mundial tan pronto como sea posible y de manera sostenida, será esencial el enfoque de doble componente que apoyan la FAO, el PMA, el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA) y sus asociados en el desarrollo. Esta estrategia pretende abordar tanto el hambre aguda a corto plazo espoleada por las crisis alimentarias o económicas como el hambre crónica a largo plazo, sintomática de la pobreza extrema.

Para ayudar a las personas hambrientas *ahora*, se deben establecer redes de seguridad y programas de protección social (o mejorarlos, en caso de que existan) para llegar a las personas que más lo necesitan. En este contexto, deberían elaborarse programas y redes de seguridad nacionales en relación con la alimentación, tales como los programas de alimentación escolar directa o mediante cupones, de forma que estimulen la economía local a través de la creación de puestos de trabajo y la mejora de la agricultura y la producción local de alimentos con valor añadido. Además, deberían integrar las mejores

prácticas para que sean asequibles y sostenibles, y contar con planes de acuerdos con capacidad de adaptación ante situaciones de crisis y conmociones. Al mismo tiempo, los pequeños agricultores deben poder acceder a insumos, recursos y tecnologías modernos —como semillas de alta calidad, fertilizantes, alimentos para animales y herramientas y equipos agrícolas— que les permitan incrementar la productividad y la producción. Ello, a su vez, debería hacer disminuir los precios de los alimentos para los consumidores pobres, tanto del medio rural como del urbano.

Para garantizar la erradicación del hambre en los años venideros, se debe dotar a los países en desarrollo de las herramientas económicas, políticas y de desarrollo necesarias para estimular sus sectores agrícolas en cuanto a la productividad y la resistencia ante las crisis. Será de suma importancia contar con políticas estables y eficaces, mecanismos de reglamentación e institucionales e infraestructuras funcionales de mercado que promuevan la inversión en el sector agrícola. Se deben incrementar asimismo las inversiones en ciencia y tecnología agrícolas y alimentarias. Si no se cuenta con sistemas agrícolas sólidos y con mecanismos reforzados de gobernanza de la seguridad alimentaria mundial, muchos países seguirán luchando por aumentar la producción al nivel de la demanda, transportar los alimentos allí donde hacen falta y por procurarse divisas para financiar sus necesidades de importación de alimentos. Cuando sea posible, los esfuerzos deberían aunarse y producir un efecto multiplicador. Por ejemplo, la compra a nivel local de productos para los comedores escolares puede suponer mayores ingresos y mercados garantizados para los pequeños agricultores, ya sean hombres o mujeres, mientras que las reservas de grano de la comunidad pueden constituir la red local de seguridad alimentaria.

La crisis alimentaria ha hecho saltar de nuevo la agricultura y la seguridad alimentaria, en especial en los países en desarrollo, a las portadas de los periódicos y al primer lugar de las agendas de los encargados de la elaboración de políticas. La declaración conjunta de L'Aquila sobre la seguridad alimentaria mundial («Iniciativa de L'Aquila sobre seguridad alimentaria») aprobada en la cumbre del G8 por gobiernos, organismos e instituciones, constituye un testimonio del compromiso renovado de la comunidad internacional. Sin embargo, existe el riesgo de que la preocupación por el estancamiento de las economías de los países desarrollados y las quiebras de empresas como consecuencia de la crisis económica y financiera desvíe recursos para atender la difícil situación de los países más pobres. Y, sin embargo, los alimentos, la necesidad humana más básica, han dejado de ser asequibles. Si la crisis alimentaria se debió a un aumento de los precios, la crisis económica produjo la disminución de los ingresos de los hogares, lo que puede ser aún más devastador y agravar todavía más los niveles ya inaceptables de seguridad alimentaria y pobreza.

Por lo general, las crisis económicas anteriores provocaron descensos de la inversión pública en agricultura. Sin embargo, sabemos por experiencia que la inversión en agricultura, junto a los programas que garantizan el acceso de las poblaciones a los alimentos que se producen, es el motor más potente para fomentar el crecimiento y reducir así la pobreza y el hambre. A pesar de las difíciles condiciones económicas mundiales, no se debe disminuir el apoyo a la agricultura, sino incrementarlo. Un sector agrícola saneado, junto con una creciente economía no agrícola y redes de seguridad y programas de protección social eficaces constituye un modo probado de erradicar la pobreza y la inseguridad alimentaria de manera sostenible.

El informe *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo* de este año es el fruto de un trabajo de colaboración entre nuestras organizaciones en el que hemos combinado nuestras diferentes fortalezas para generar nuevas visiones. La publicación se ha beneficiado en gran medida de esta cooperación. La colaboración con el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos en algunas partes del informe también ha sido muy útil y valiosa, y queremos expresar nuestra gratitud por sus esfuerzos y su disposición a compartir sus conocimientos especializados.



Jacques Diouf
Director General de la FAO



Josette Sheeran
Directora Ejecutiva del PMA

El informe *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2009* se preparó bajo la dirección general de Hafez Ghanem, Subdirector General, y la orientación del equipo directivo del Departamento de Desarrollo Económico y Social. David Dawe, que también se ha encargado de la edición técnica del informe, Kostas Stamoulis y Keith Wiebe, de la División de Economía del Desarrollo Agrícola (ESA), asumieron la coordinación técnica de la publicación. El personal de la División de Estadística (ESS) ha elaborado los datos relativos a la subnutrición, entre ellos las proyecciones para 2008.

Ésta es la primera edición de este informe preparado conjuntamente por la FAO y el Programa Mundial de Alimentos (PMA). Valerie Guarnieri, Directora de Diseño y Apoyo a los Programas, y David Stevenson, Director de Políticas, Planificación y Estrategias, ambos del PMA, proporcionaron un valioso apoyo y sus reflexiones. Joyce Luma y Arif Husain, del PMA, prestaron sus servicios al Consejo Editorial.

El capítulo «La subnutrición en el mundo» ha sido preparado por el Departamento de Desarrollo Económico y Social, con contribuciones técnicas de Gustavo Anríquez, Andre Croppenstedt, Ali Arslan Gürkan, Mark Smulders y Alberto Zezza (ESA), y Cheng Fang, Kisan Gunjal y Henri Josserand, de la División de Comercio y Mercados (EST). El texto principal del apartado «Cuantificación de las repercusiones de la crisis económica en la seguridad alimentaria» y el recuadro sobre el «Impacto del aumento de los precios para los productores africanos» son contribuciones de Shahla Shapouri y Stacey Rosen, del Servicio de Investigaciones Económicas del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos (USDA). Michael Hamp, del Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA) aportó el recuadro sobre microfinanzas.

El capítulo que contiene los estudios de casos ha sido preparado por el PMA, bajo la coordinación técnica de Joyce Luma. Claudia Ah Poe, Jean-Martin Bauer, Henk-Jan Brinkman, Mónica Cadena, Mariana Castillo, Agnes Dhur, Arif Husain, Alima Mahama, Adriana Moreno e Issa Sanogo, del PMA, han aportado los estudios de casos de países, junto con Lorena Aguilar, de la Red del sistema de alerta rápida contra la hambruna (FEWSNET).

El capítulo «Hacia la eliminación del hambre» ha sido preparado por el Departamento de Desarrollo Económico y Social, con aportaciones técnicas principales de Gustavo Anríquez, Mark McGuire y Julian Thomas (ESA), de Ugo Gentilini (PMA) sobre las redes de seguridad, y de Jean Balié, Barbara Ekwall y Mauricio Rosales sobre el derecho a la alimentación. Los recuadros sobre el Brasil son contribuciones de Carlos Santana, de la Empresa Brasileña de Investigación Agropecuaria (Embrapa) y Flavio Valente, Secretario General de Información y red de acción para el derecho a alimentarse (FIAN).

Ricardo Sibrian ha elaborado el Anexo técnico con el apoyo de Cinzia Cerri, Seevalingum Ramasawmy y Nathalie Troubat (ESS).

Han sido muy útiles las observaciones externas, las sugerencias y las aportaciones de John Hoddinott (Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias [IFPRI]), Richard King (Oxfam-GB) y Nancy Mock (Universidad de Tulane), así como las observaciones de Luca Alinovi (ESA), Lorenzo Giovanni Bellù (División de Asistencia a las Políticas y Movilización de Recursos) y Marie-Claude Dop (División de Nutrición y Protección del Consumidor). Adam Barclay ha mejorado en gran medida la legibilidad de la publicación. Anna Antonazzo, Marina Pelaghias, Anne Rutherford y Sandra Stevens han prestado un apoyo administrativo excelente, y Aminata Bakouan, Katia Covarrubias, Federica Di Marcantonio, Panagiotis Karfakis, Rafik Mahjoubi y Cristian Morales-Opazo han prestado un valiosísimo apoyo a la investigación.

Se agradece especialmente la colaboración de la Subdivisión de Políticas y Apoyo en Materia de Publicación Electrónica del Departamento de Conocimiento y Comunicación (KC), que se ha ocupado de los servicios editoriales, lingüísticos, gráficos y de producción. Las traducciones han sido realizadas por el Servicio de Programación y Documentación de Reuniones del KC.

La financiación global ha sido proporcionada en el marco del programa interdepartamental de la FAO sobre Sistemas de información y cartografía sobre la inseguridad alimentaria y la vulnerabilidad (SICIAV).